

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA FRENTE A LA NOVELA: 1877-1894

CARMEN SERVÉN DíEZ
Universidad Autónoma de Madrid

El estudio de la actitud que frente a la literatura narrativa coetánea adoptó la prensa cultural de la Restauración, contribuye a iluminar el medio intelectual de producción y recepción de esa literatura. Con tal convicción se desarrolla el presente trabajo, cuyo propósito es examinar los criterios con que evalúa la novela de su tiempo una publicación cultural católica de inspiración muy conservadora y de larga trayectoria, casi veinte años, a lo largo de la Restauración; dicho examen pudiera arrojar alguna luz sobre las pautas de juicio sucesivamente adoptadas por ciertos intelectuales católicos, sobre la posible contribución de la prensa confesional a la construcción del canon y sobre la recepción general de la narrativa del momento.

La Ilustración Católica es una revista cultural semanal que aparece el 5 de agosto de 1877 y enseguida se dota de una doble dirección: de los aspectos literarios se encarga el escritor y político de filiación carlista Valentín Gómez, mientras que la vertiente religiosa es encomendada al Padre Francisco Caminero, más adelante Obispo de León; a partir de 1879 será dirigida por Manuel Pérez Villamil, Manuel Ossorio Bernard, Fernando Martín Pedrosa, Angel Salcedo y Ruiz, y Francisco de P. Salcedo sucesivamente. Los números de esta revista se editan hasta 1894, último año de su existencia a juzgar por el *Catálogo Colectivo de Bibliotecas de Centros de Estudios Eclesiásticos de España. Sección de Revistas*¹. En 1897 surge otra publicación, dirigida por don Miguel Gómez Cano y denominada *Ilustración Católica de España*, que se presenta como continuación de la que nos ocupa².

¹ Del Instituto de Información Científica de la Iglesia Española (IDICIE), publicado en Madrid, Ministerio de Cultura, 1982.

² En su primer número, la nueva revista explica: «Sin que varíen en nada la tendencia y el carácter de esta revista, hemos decidido que desde el presente número lleve por título el que encabeza estas líneas».

*La Ilustración Católica*³, de acuerdo con la declaración de intenciones que aparece en la apertura de su primer número, se dirige entre otros propósitos a:

contribuir por cuantos medios estén á nuestro alcance al renacimiento de la patria literatura, cuyas gloriosísimas tradiciones nada tienen que envidiar á las de ninguna otra extranjera («Nuestros propósitos», 5-VIII-1877).

Los firmantes de los artículos más ambiciosos que sobre narrativa aparecen en la revista son Valentín Gómez, que como se ha dicho fue también su primer director literario, y Antonio Valbuena; ambos eran conocidos carlistas y ambos hicieron incursiones en el campo del relato, si bien el primero escribió más profusamente para el teatro y el segundo tuvo gran fama como satírico⁴. Los análisis literarios insertados en la revista transparentan una doble necesidad sentida por sus inspiradores: la de combatir la marcha general de la novela en la época y la de ofrecer un repertorio alternativo de autores para el canon. La estrategia seguida consiste en dedicar sañudos vituperios a la novela al uso, ignorar la narrativa de los autores aplaudidos en la prensa liberal y dedicar críticas elogiosas a cierto grupo de narradores ideológicamente afines: de ahí la estruendosa ausencia en sus páginas de trabajos dedicados a novelistas como Pérez Galdós, Pardo Bazán o Leopoldo Alas, y la dilatada atención prestada a importantes activistas cristianos como Manuel Polo y Peyrolón. Admiración e indignación se alternan conscientemente en las páginas literarias de la revista; según explicará Valentín Gómez en la década de los ochenta:

Admiración e indignación: he aquí las manifestaciones más elocuentes de la verdadera crítica (5-IV-1886).

Desde su primera época, la revista se hace eco del grave problema que la lectura constituye según las autoridades eclesiásticas⁵. Cita o recoge largamente las pastorales de varios obispos españoles⁶ que por esos años abor-

³ Reviso los siguientes números de la revista: 1877, 1-22; 1878, 23-48; 2.ª época: 1878, 1-24; 1879, 25-48; 1880, 1-48; 1881, 1-24; 1882, 25-48; 3.ª época: 1882, 1-18; 1883, 1-54; 1884, 1-36; 1885, 1-36; 4.ª época: 1886, 1-36; 1887, 1-36 (excepto n. 10); 5.ª época: 1888, 1-36; 6.ª época: 1889, 1-36; 1890, 1-36; 1891, 1-24; 1892, 1-24; 1894, 1-24.

⁴ V. Juan Ignacio FERRERAS, *Catálogo de novelas y novelistas españoles del siglo XIX*, Madrid, Cátedra, 1979.

⁵ El recelo de la Iglesia española frente a los medios de comunicación impresa es analizado por Jean-François BOTREL, «La Iglesia católica y los medios de comunicación impresos en España de 1847 a 1917: Doctrina y prácticas», en VVAA: *Metodología de la historia de la prensa española*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 1982, pp. 119 y ss.

⁶ Otras publicaciones católicas recogen también fielmente documentos de índole similar y contenido parejo. Por ejemplo, en *La Ciudad de Dios*, revista cultural agustiniana,

dan el tema. Ya en un artículo titulado «Sobre lectura de revistas y periódicos» se recogen párrafos de las recientes pastorales de los obispos de Córdoba (Fray Ceferino González) y de Plasencia; ambos prelados exhortan a los fieles a rechazar la lectura de impresos impíos o inmorales y a proteger las publicaciones ortodoxas; a esforzarse en erradicar libros, folletos o periódicos que pongan en peligro la fe o la inocencia (14-IV-1878).

En la década siguiente⁷, los obispos y la revista siguen considerando preteritoria la necesidad de erradicar las «malas lecturas»: en 1889 se publicará íntegra en las páginas de *La Ilustración Católica* la carta pastoral del Obispo de Madrid Alcalá, Ciríaco María, a lo largo de cuatro números sucesivos. El prelado se dirige a impedir la lectura de «periódicos, revistas y cualquiera clase de impresos contrarios á la fe y á la moral» (art. cit., 5-IV-89, p. 110); se refiere largamente a las publicaciones que atacan el dogma y la fe, y dedica también párrafos condenatorios a la ficción:

Conociendo la impiedad esa lamentable debilidad moral de las actuales generaciones, ha logrado dominarlas por completo, variando con ese fin sucesivamente los atractivos de sus publicaciones, mezclando en ellas el bien y el mal, creando mundos imaginarios, cuadros llenos de curiosidad, luchas tenaces de la virtud con el vicio, de las que éste sale vencedor, aventuras inverosímiles, viajes heroicos por el desierto y por los mares, y pomposas narraciones, tan llenas de bellas fantasías como vacías de verdad; todo con el pérfido propósito de llenarlas de orgullo y de excitar en ellas una repugnante sensualidad (5-III-1889, p. 87).

Los impresos perniciosos, afirma el prelado más adelante, no sólo afectan al individuo, sino a la sociedad toda:

Es tan grave y de tanta magnitud el daño que causan las malas lecturas, que no limita su acción funesta á la vida individual y privada, sino que trasciende también á las costumbres, á las artes, á los códigos y á todos los organismos sociales (ídem).

Así, los libros inmorales están siendo ya causa de grandes trastornos, entre los que se contempla el ataque a las instituciones vigentes, como la familia o la propiedad:

A ninguna otra causa que á la lectura de libros inmorales puede atribuirse la tendencia de las actuales generaciones a vivir sin Dios: á perder las dulces

aparecen insertas tanto la versión latina como la castellana de la *Constitución Apostólica de Nuestro Santo Padre*, León XIII, sobre *Prohibición y censura de libros* (V. vol. 42, 1897).

⁷ Y después. Solange HIBBS-LISSORGUES, «La Iglesia Católica Española frente al naturalismo: un debate literario e ideológico», *Ínsula*, 514, Octubre de 1989, pp. 12-13, muestra la posición de varias publicaciones católicas de los años noventa (*La Hormiga de Oro*, *La Academia Calasancia*..); por su parte, Botrel, cit. p. 123, ya se refería a un tajante libro escrito más tarde por el Obispo de Jaca: Antolín LÓPEZ PELÁEZ, *Los daños del libro*. Barcelona, Gustavo Gili, 1905.

afecciones de familia; á contrariar el grito de la conciencia cristiana, justamente alarmada; á repugnar la vida conyugal, y á fomentar los placeres sensuales. Las malas lecturas son también las que provocan á los violentos ataques contra la propiedad...(5-III-89, p. 88).

Esta carta pastoral se escribe a finales de la década de los ochenta, cuando los aires naturalistas ya han cuajado en la literatura española; el señor Obispo, augura grandes catástrofes propiciadas por el naturalismo y el racionalismo imperantes:

Como desgraciadamente en los momentos presentes la mayor parte de las obras científicas, de literatura, de filosofía, y la misma historia, aparecen estar influidas de un espíritu naturalista, ser órganos de la moral del interés, de la moral del placer, de la moral de la fuerza y de la moral de los hechos consumados, y además contienen en mayor o menor grado el racionalismo [...] no es temerario predecir que la sociedad contemporánea [...] está en vísperas de catástrofes profundas... (ídem, 25-III-1889, p. 98).

En esta misma línea, *La Ilustración Católica*, se hace eco «Del poderoso influjo de la lectura»⁸ (15-VI-1883) y decide tomar cartas en el asunto. La lectura es recomendada encarecidamente para mejorarse, para perfeccionarse, y como medio de comunicación con grandes hombres del pasado. Se entiende que la lectura, usada con templanza, eleva las potencias intelectuales y sirve de recreo; pero naturalmente se distinguen inmediatamente las buenas de las malas lecturas. Las mejores y más encarecidas son las lecturas de los libros religiosos, empezando por el Evangelio, y después otras que robustezcan los sentimientos morales, la fe y la voluntad (ídem).

A la vista del problema que representa la lectura, y dado que se achaca una especial flaqueza moral a las generaciones coetáneas, la revista juzga desde un principio que en el campo de las artes y las letras hay mucho por hacer, porque «ahí es donde la revolución arrojó sus primeras semillas, y de ahí han brotado tantas espinas como hoy traspasan el corazón de la Iglesia» (Valentín Gómez, 14-VI-1879). Es necesario que el movimiento católico «luche por reanimar el cadáver de nuestra buena literatura» (ídem), que ha sido reemplazada por «la literatura venenosa y ruin de los dramaturgos y novelistas franceses, corruptores de las costumbres cristianas» (ídem). Desde su perspectiva, es necesario rechazar una literatura degradada de la que forma parte la novela y hay que «oponer a la novela impía, que estraga los corazones, la cristiana, que moraliza las costumbres»⁹

⁸ Así se titula un artículo aparecido fragmentariamente a lo largo de varios números sucesivos de *La Ilustración Católica*, a partir del 15-VI-1883.

⁹ La desconfianza institucional de la Iglesia frente al género novelesco, así como su pretensión de oponer buenas lecturas a los «malos» impresos, son factores ya observados por Botrel, cit., pp.147 y 126, respectivamente.

(ídem). Nótese por tanto que ya en la década de los setenta, antes de que se difundieran en nuestro país las teorías y traducciones naturalistas, se achaca una perniciosa influencia a la literatura francesa y a sus émulos españoles, y se expresa claramente el propósito de articular una contraofensiva frente al embate de la literatura al uso.

En lo que respecta a la novela pueden definirse a través de las páginas de la revista dos momentos distintos; en el primero, los dardos se dirigen contra la novela por entregas; en el segundo, ya entrados los años ochenta, se afilan contra la novela realista-naturalista.

En los años setenta, si bien los derroteros de la poesía lírica no suscitan gran preocupación en estos medios culturales, la novela y el teatro son objeto de largas monografías que analizan su estado y pretenden una reorientación de estos géneros. El problema de la novela se desarrolla en cuatro números sucesivos de *La Ilustración Católica* (20-I-1878; 27-I-1878; 3-II-1878 y 10-II-1878) gracias a la pluma de A. de Valbuena. El articulista empieza mostrando el escaso aprecio que el género merece¹⁰:

Si por lo que ha sido comúnmente, y por la influencia que en la vida particular y social ejerce y ha ejercido, hubiéramos de juzgar este género literario, sin gran pena le veríamos borrado en la vasta escala de las bellas producciones del humano entendimiento (cit.)

Pero Valbuena se ve inmediatamente obligado a constatar «un hecho positivo»: «la juventud ha leído, está leyendo y leerá siempre novelas». Lo que obliga a reconocer la enorme influencia que este tipo de lecturas ejercen en el conjunto social:

Aunque creamos firmemente que cuantas menos novelas se escribieran y cuantas menos se leyeran sería mejor, y aunque nos parezca menos malo para la mayoría de las personas no leer ninguna que leer las mejores, sin embargo, dada la influencia que de hecho alcanzan las novelas en nuestros días, parecemos necesario hacer algunas consideraciones...(ídem).

El autor pasa a continuación revista a la historia de la novela, que considera heredera de antiguos apólogos, y después penetra en «el oscuro lodazal de la novela contemporánea». Asegura que fueron las «románticas aberraciones y extravagancias» de Sue, Víctor Hugo y otros novelistas franceses los que despertaron en el público español «una descomunal afición a la novela», que luego pasó a surtir con entregas y folletines contados

¹⁰ Esta aversión a la novela es común entre los estudiosos católicos. El Padre Conrado Muiños, explica en *La Ciudad de Dios*, vol. 26, 1891, p. 586: «he de confesar francamente que en el campo católico abundan las prevenciones contra el género novelesco». Y más adelante observa: «Cuando se ve que la mayor parte de los males que deploramos son debidos a la novela, convertida en arma de ataque contra la religión, la sociedad y las buenas costumbres, ¿no merece indulgencia el que, por atender a intereses más sagrados, da en el extremo de aborrecer la novela?».

por «millares de millares». Desde ahí se han diversificado las novelas: históricas, filosóficas, de costumbres...Pero en todas ellas se encierra un gran potencial corruptor, tanto de tipo moral como intelectual. Así, el autor dedica un largo fragmento de su estudio a mostrar el papel subversivo de las novelas, que proporcionan a un público desconocedor visiones sesgadas de grandes instituciones nacionales: el Santo Oficio, los conventos de frailes, los antiguos monarcas, todo queda en entredicho en las novelas al uso. Es decir: el autor se extiende indignado sobre los efectos nocivos de las novelas, sobre todo de las históricas:

Cuanto á la corrupción intelectual, la idea equivocada, falsa del todo, que una gran parte del pueblo tiene de ciertas instituciones venerandas no reconoce otro origen que la lectura de las novelas llamadas históricas. El tribunal del Santo Oficio, por ejemplo, los antiguos reyes, los conventos de frailes, no son conocidos de una gran parte de la generación actual sino por las pinturas que de ellos le plugo hacer á cualquier desalmado novelista. Id á arrancar al pueblo ignorante, al pueblo, en especial, de las grandes poblaciones, la idea de que nuestros mejores monarcas fueron, no protectores, sino enemigos de los pueblos, cuyo sudor explotaban para malgastarlo en locas aventuras y en toda clase de vicios y licencias, en donde á la vez malgastaban el tiempo que debieran dedicar a la buena gobernación del Estado. Id á decirle al vulgo semisabio de nuestros días que los conventos de frailes, que tanto contribuyeron a nuestra prosperidad y engrandecimiento, y cuya desaparición ha marcado la época de nuestra ruina, no eran madrigueras de bajas pasiones, ó asilos de la gula y de la holganza, ó centros de conspiraciones ambiciosas. Probad á desarraigar de entre las gentes poco instruidas la idea de que el tribunal de la Inquisición era un monstruo sediento de sangre y exterminio, sin más guía que la ignorancia, sin más justicia que el capricho, sin más ley que la satisfacción de los malos instintos de sus jueces, que se deleitaban en atormentar y en quemar en sus hogueras á los inocentes por centenares, y entonces conoceréis perfectamente los daños de las novelas históricas, que son los libros de texto en que todas esas gentes han aprendido la historia... (3-II-78, p. 35).

Pero cuando pasa a considerar las novelas escritas «con buena intención», tampoco se halla satisfecho, por dos razones: porque excitan poderosamente la atención de los lectores, «llevándolos a confundir el mundo real con el ideal» y porque pintan con colores demasiado vivos el vicio, la corrupción y el pecado, de manera que, aun castigándolos en unas pocas páginas finales, el mal está hecho. Y nótese que, en cuanto a la excesiva excitación de la imaginación, el autor se cuida de señalar el especial peligro que corre la mujer:

...en el sexo débil son todavía, si cabe, más perceptibles estos efectos. Las jóvenes que leen novelas de exagerado sentimentalismo o de abundante imaginación, se hacen insoportables a sus familias y a las personas con quienes tratan; acostumbradas a respirar una atmósfera de grandezas fantásticas, de satisfacciones inverosímiles y de felicidades quiméricas, desechan por útiles motivos alianzas prudentes y ventajosas, y sienten hacia los quehaceres domésticos una invencible repugnancia (ídem).

Al final, el autor se pregunta: ¿Cuáles son las novelas buenas? Y se responde a sí mismo: las que se ajustan a los preceptos de la moral y del arte. «Entendemos por novela una narración sencilla de una acción artísticamente verdadera, es decir, verosímil, encaminada a producir en los lectores mejoramiento, instrucción y deleite». Repudia el principio del *arte por el arte*, que identifica con «lo que pudiéramos llamar *naturalismo* en la estética» y señala que siempre «la bella literatura será la literatura buena». La novela ha de instruir deleitando, su fin no puede ser el mero deleite, fin poco digno del hombre. Su contenido debe ser la «realidad idealizada».

Aparte de que A. de Valbuena se alinea aquí con quienes proclaman una estética idealista, es notorio que el sonado «Discurso sobre la moral en el arte» pronunciado por P. A. de Alarcón a su ingreso en la Academia [1877] daba alas a cuantos rechazaban la autonomía del arte y reclamaban su supeditación a la moral o al fin docente. De ahí críticas en *La Ilustración Católica* como la dedicada por Gabino Tejado a Pereda el 28 de marzo de 1879, en que se encomia sin reservas al autor y se afirma:

Sobre todo, Pereda es, en nuestra literatura contemporánea, y entre los escritores de costumbres, una de las más vivas y elocuentes protestas contra la raza de literatos que aman el arte por el arte. Cuanto Pereda es y tiene como escritor, lo pone él siempre por escolta de lo útil [...]. *Don Gonzalo González de la Gonzalera* es una fábula [...] que bajo la apariencia modestísima de un cuadro de costumbres montañesas, contiene todo un tratado doctrinal y aún polémico de economía política trascendente.

Así, durante los años setenta se aboga por una literatura que procure «mejoramiento, instrucción y deleite» siempre pensando en los efectos morales de la obra artística; consecuentemente, se abomina del principio del arte por el arte¹¹. Pero es curioso constatar que en años subsiguientes, como veremos, cabe la aproximación a tal principio con vistas a defenderse de un enemigo mayor: el naturalismo zoliano, al que los colaboradores de la revista reprocharán su utilitarismo, su utilización espuria del arte para la difusión ideológica¹².

Por otra parte, la prevención contra la novela francesa que ya han mostrado en la revista Valentín Gómez y A. de Valbuena, será corroborada poco después en una «Crónica de París», firmada por F. M. de Melgar (sic)¹³. La crónica atribuye a Francia una «literatura patibularia» cuyas

¹¹ El más importante crítico literario de *La Ciudad de Dios*, revista agustiniana cultural y de actualidad, respalda todavía en 1891 esta perenne lucha católica contra el principio del arte por el arte. Véase el artículo firmado por el P. CONRADO MUIÑOS, «Carta a doña Emilia Pardo Bazán» en la revista citada, vol. 26, año 1891, pp. 522 y ss.

¹² V. Manuel POLO Y PEYROLÓN, «El naturalismo», en *Discursos académicos*. Valencia, Imprenta de Manuel Alufre, 1891, pp. 250-52 principalmente.

¹³ Probablemente la corresponsal es la escritora Faustina Sáez de Melgar.

cabezas visibles serían Sue y Zola (21-III-1879). A esa literatura achaca los peores efectos, puesto que considera demostrado estadísticamente que «los mayores criminales, casi sin una sola excepción, son todos fanáticos por la lectura»; y afirma que

Sué (sic), Dumas, Gaboriau, Pouson (sic) du Terrail, Soulié, y la interminable legión de folletinistas que marcha detrás de ellos, son los santos padres en cuya lectura fortalecen su espíritu esos doctores del crimen (F.M. de Melgar, 21-III-1879).

Es decir: en 1879 se mete en el mismo saco de literatura patibularia y paracriminal a Zola y a los folletinistas tradicionales. Hasta entrados los años ochenta no se identificará a Zola como la principal cabeza enemiga.

Así, en la revisión de «La literatura contemporánea» firmada por Francisco Sánchez de Castro y aparecida en dos fragmentos sucesivos a partir de 15-V-1885, se muestra de nuevo un profundo disgusto, pero ahora el antagonista estético e ideológico es el naturalismo¹⁴. El teatro aparece reducido a desoladoras proporciones: «comedia escandalosa; drama antisocial y patibulario, y sainete desvergonzado; tales son (con honrosas aunque raras excepciones, vuelvo a decir) las formas dramáticas dominantes». La novela, «que no se halla en tan triste situación como el drama», sin embargo también «se resiente del estado social»: es «naturalista y sensualista»; y el autor se lamenta de que «para una novela buena, moral, decorosa que se escriba, se publican cientos de índole político-revolucionaria», «de corruptor y escandaloso argumento y de *realismo* tan falso como degradante». En este aspecto se achaca gran influencia a la escuela de Zola, «en que lo *natural* es lo feo, lo repugnante y hediondo»; «el siglo, el mundo, están dominados por el más desenfrenado naturalismo».

En la misma línea están las manifestaciones que sobre la novela vierte R. Gil Ossorio y Sánchez en su artículo «El arte materialista» (5-VI-1887):

No es posible desconocer que el derrotero actual de una parte del arte, señaladamente de las novelas y del teatro, conduce directamente al más encarnizado materialismo [...], es lo cierto que lo que se ve hoy en el teatro y lo que se lee en forma de novela es materialismo puro y crudísimo; afectos desordenados, desnudeces inconcebibles, abigarrado color verde y rojo, descortesía, efectos burdos y desentonados, chapucerías inconvenientes, mucha ignorancia del lenguaje castellano, mucho olvido de las reglas elementales de la cultura y muchísima falta de estilo y aun de sintaxis.

El autor de este artículo, que aparece ya muy entrados los años ochenta, considera que «la literatura se extravía», que «se deja á un lado o se combate fanáticamente toda noción de idealidad y de bondad moral» y añora

¹⁴ Sobre el doble y tajante rechazo con que la Iglesia católica española recibió la penetración del naturalismo, v. Solange Hibbs-Lissorgues, cit.

ahora a los «representantes ilustres» del romanticismo, entre quienes sitúa a Víctor Hugo, antes tan denostado en la revista. Aprovecha además para comentar muy positivamente la postura recientemente desarrollada por Juan Valera en la *Revista de España*: la oposición que el gran escritor mostró frente a la estética naturalista en sus *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas* [1886] hubo de ser agradable a los mentores de la revista. Por otra parte, se intercala alguna referencia a los escritores ya consagrados por la crítica liberal: en Pérez Galdós se reconoce a un observador estupefacto y un talento verdadero, «aunque no sea un gran escritor».

En 1892, la «Revista literaria», firmada por el bachiller Alonso, todavía se lamenta de que la crítica haya aceptado el axioma de que la obra de arte no ha de ser tendenciosa; ello explica que los «preceptistas à la dernière» rechacen a los literatos católicos cuando estos hacen propaganda de las buenas ideas o de los buenos sentimientos. Pero —sigue la queja de Alonso— la norma no rige para los «literatos racionalistas», que «pueden ser impunemente tendenciosos» y prodigar sus ataques contra la Santa Madre Iglesia y contra la moral católica¹⁵. Como ejemplo de sus afirmaciones, el bachiller cita a Octavio Picón, y asegura que los *Episodios Nacionales* son buena muestra de todo lo antedicho, así como *Gloria* y *Doña Perfecta*:

Contra la influencia de la Iglesia en el carácter moral de las personas y en el social de las poblaciones, escribió el mismo Galdós su *Doña Perfecta*; y contra la santa intransigencia católica su *Gloria*. (31-I-1892)

Armando Palacio Valdés es considerado de la misma «laya» que los anteriores, tanto por *Marta* y *María* como por *La fe*. Los elogios que alguna crítica ha dedicado a tales novelistas serían muestra de que «esa crítica es esencialmente racionalista, y que los católicos no debemos hacerle ningún caso». De esta manera, la revista no sólo se opone frontalmente a las creaciones narrativas más reputadas en otros medios periodísticos, sino que descalifica la crítica al uso y se coloca al margen de ella.

El rechazo de la crítica coetánea junto con la noción propia de lo que debe ser el ejercicio crítico, aparecen previamente en un trabajo de Valentín Gómez (5-IV-1886). El articulista parece alinearse con otros estudiosos que procuran sentar distancias entre la crítica al uso o liberal y la verdadera crítica, la católica¹⁶; afirma que las críticas al uso constituyen una inútil

¹⁵ Esa queja debió convertirse en un lugar común entre los comentaristas católicos. Se halla repetidamente en la pluma del P. Muñón; v. *La Ciudad de Dios*, vol. 21, 1890, p. 525; ídem, vol. 24, 1891, p. 579 y vol. 26, 1891, p. 360: la crítica liberal rechaza la novela tendenciosa de los narradores católicos pero no protesta contra la tendenciosidad impía de otros.

¹⁶ Así, el P. Muñón, que en sus cartas a Pardo Bazán (*La Ciudad de Dios*, vol. 26, 1891, pp. 359 y 525), procura distinguir nítidamente dos facciones críticas: «la escuela católica» y «la escuela liberal».

causerie de periodistas, están exentas de verdadero discernimiento y carecen de capacidad de indignación:

Por donde más se nota hoy que la crítica no existe es precisamente por la falta de indignación (ídem).

El papel de la verdadera crítica consiste, precisamente, en discriminar lo que provoca verdadera elevación del alma de lo que supone una simple excitación de los sentidos:

Porque careciendo de amor al ideal, el público y la crítica menuda, su cómplice, huyen de todo lo que puede elevar el alma y van atrás de todo lo que puede halagar los sentidos (5-IV-86).

El articulista, en plenos años ochenta, sigue reclamando el ideal para el arte, y lamenta:

Lo deforme, lo brutal, lo bajo, lo irreverente y lo inmundo han invadido los puros y honrados dominios del arte [...]falta al mundo del arte un ideal común (ídem).

De ahí el deber de la crítica de distribuir la admiración a ciertos artistas que trabajan «con amor y con ideal»:

Cuando una obra de arte ha logrado reflejar los inefables resplandores de lo ideal, que en último caso no son sino la luz con que el bien y la verdad se descubren al genio del artista, la crítica entona un himno de admiración razonando y discerniendo, es decir, recorriendo el velo que oculta a los ojos de la ignorancia las singulares bellezas de aquella obra (ídem).

Pero es necesario que la crítica sepa también oponer su indignación a quienes la merecen:

El complemento de la admiración es la indignación, sin la cual la crítica sería una conciencia absurda o empedernida, es decir, una conciencia sin remordimientos (ídem).

El mismo Valentín Gómez se ocupa de explicar en otro artículo que si la mayor parte de la crítica ha olvidado y descuidado su misión, no menos responsables de la degradación general son los escritores y editores; en su trabajo titulado «La industria literaria», el escritor abomina de la presente «peste del naturalismo» y asegura que todo se debe a una cuestión de intereses pecuniarios:

El escritor, el editor y el librero quieren hacer negocio a todo trance, y como la autoridad no les pone cortapisas en el desarrollo de su industria, se entregan á la explotación de aquellas pasiones groseras que son generales en la naturaleza del hombre, pero que antes se explotaban únicamente en secreto; con el secreto del que comete una mala acción (5-II-1888).

En su indignación, el escritor reclama una rigurosa policía cultural:

Ya es gran desdicha que por exceso de los tiempos haya de tolerarse la exposición de doctrinas perniciosas y atentatorias al orden de la sociedad cristiana. ¡Pero tolerar lo que ofende al pudor, á la honestidad, á la inocencia! ¿En qué código del mundo civilizado se autorizan semejantes cosas? [...] ¿Hay numerosas cuadrillas de obreros encargados de la limpieza material de las calles, y no hay nadie encargado de la limpieza moral de los escaparates? (ídem).

De todo lo manifestado hasta aquí por los analistas de *La Ilustración Católica*, se desprende su visceral antigalicismo y su prevención frente a la novela, la crítica y la industria cultural. En lo que respecta a su evaluación de autores concretos, A. de Valbuena ofrecía a fines de la década de los setenta (art. cit. 1878) un repertorio de los mejores del siglo: serían Fernán Caballero, Navarro Villoslada, Jose María de Pereda y Pedro Antonio de Alarcón, citados por este orden. Además mencionaba a un grupo de escritores que publicaron en la biblioteca de novelas *La familia cristiana*, fundada por el editor Pérez Dubrull «obedeciendo al pensamiento de desterrar las novelas malas con la publicación de novelas buenas»; los autores referidos eran José Selgas, Valentín Gómez y Francisco Cutanda¹⁷.

Los críticos de *La Ilustración Católica* coinciden en atribuir a Fernán Caballero una posición preeminente en la Historia de la novela española. Muy elogiosamente se refieren a ella el trabajo general de Valbuena sobre la novela (10-II-78), la semblanza que le dedica A. Salcedo (15-V-1890), y el análisis que hace Forteza sobre la narrativa de Polo y Peyrolón (25-5-90). La autora es considerada «restauradora de la novela castellana en los tiempos modernos» (Salcedo); se asegura que es quien «ha determinado y fijado el rumbo que debe seguir la novela para responder á su misión en el mundo. Sus novelas se ajustan perfectamente á las condiciones morales y artísticas del género; están con verdad concebidas y con acierto desarrolladas» (A. de Valbuena). Pero varios analistas coinciden en reconocer o lamentar que su narrativa ya no es apreciada por los lectores: «hoy no es lo que se llama *el gran público* partidario de Fernán Caballero» (A. Salcedo); como Trueba, la insigne narradora no puede «ya sostener su primitiva popularidad contra las influencias del mal gusto» (Forteza); naturalmente, la crítica y el público están errados, y el crítico católico encomia tanto a Trueba como Fernán Caballero, que subordinan «á la moral los recreos de la fantasía, y desprecian con igual entereza las concupiscencias del gusto moderno y los halagos de la crítica utilitaria» (Forteza).

Navarro Villoslada, cuya *Amaya o los vascos del siglo VIII* aparece a fines de los setenta en las páginas de *La ciencia cristiana*, es reputado como novelista de primera magnitud, y merecerá, una vez termine de publicar su

¹⁷ A la muerte de Selgas, la revista le dedicará una semblanza (28-II-1882) firmada por Manuel Pérez Villamil. Otra semblanza de Valentín Gómez aparecerá el 15-IV-1890.

obra en curso, un muy favorable comentario del propio Valbuena desde *La Ilustración Cristiana* (1-VII-1879), puesto que sabe «presentar bajo las más sabrosas y deleitables apariencias las más útiles y puras enseñanzas» (p. 12)¹⁸.

José María de Pereda aparece en la bibliografía de la revista desde el primer año de vida de ésta; ya en 4-XI-1877 merece un elogioso comentario sobre *Tipos trashumantes*:

Quien quiera que desee leer un libro entretenido, ameno, moral y literariamente escrito, tome cualquiera de las obras del Sr. Pereda, ó todas ellas juntas, y habrá logrado ese deseo, que hoy es bastante más difícil de lo que generalmente se cree.

Ya por entonces, se considera al santanderino un prometedor novelista de costumbres, y a él se dedicarán largas páginas en números subsiguientes, cuando cultive la novela en gran escala: el 28-III-1879 se incluye una larga y elogiosísima crítica que Gabino Tejado hace del *Don Gonzalo González de la Gonzalera*; León Medina dedicará un largo y encomiástico comentario también a *Pedro Sánchez*, que se juzga «una obra llena de bellezas y altísimas enseñanzas», obra propia de «un artista, un poeta, un novelista»; el 25-IV-1889, Salcedo dedica elogiosas palabras al libro reciente *La puchera*, y estima que mantiene el altísimo nivel de perfección ya obtenido en *Sotileza*; el 25-V-1890, Jerónimo Forteza menciona *La Montálvez* como formidable protesta de la Montaña frente a la Corte; en un suelto del 15-XII-1890 se anuncia la próxima publicación de una obra perediana; el 15-III-1891, la «Revista literaria» firmada por el bachiller Salcedo da noticia de otra novela del autor montañés¹⁹, señala que ha provocado polémicas, y se remite a la crítica excelente del padre Conrado Muiños en la revista agustiniana. Con tan largas y repetidas referencias a la obra de Pereda, *La Ilustración Católica* respalda la suprema consideración que Pereda recibió en otras revistas católicas: *La Ciudad de Dios* lo reputaba por entonces «padre de la novela realista» y «Cervantes moderno» (cit. 1891, p. 352), muy superior a Pérez Galdós (cit., 1890, p. 135).

Con respecto a Alarcón, el articulista se congratula de que con su exitosa novela *El escándalo* ha entrado en el «buen camino», «á pesar de algu-

¹⁸ En este artículo, A. de Valbuena insiste en los supuestos vertidos sobre la novela en las páginas de *La Ilustración Católica*: «no hay duda de que, supuesto el encanto y el atractivo que la novela tiene, para la juventud sobre todo, y supuesta la inclinación invencible de la juventud á leer novelas, el mejor y más seguro medio de evitar o resarcir el daño de las novelas malas es escribir y extender y popularizar novelas buenas». De modo que pone expresamente sus esperanzas en Villoslada y Pereda. Porque la novela tiene «asombroso poder de propaganda», más que el teatro mismo.

¹⁹ Parece que se trata de *Nubes de estío*. Sin embargo, la crítica de esta novela en la revista agustiniana *La Ciudad de Dios*, viene firmada no por el Padre Conrado Muiños, sino por Fr. Manuel F. Miguélez.

nos lunarillos, resabios de la antigua manera del autor». A su muerte, la revista dedicará un largo recuerdo a su vida y a su obra (Bachiller Alonso, 31-julio-1891), que diferencia entre sus novelas dos grupos: el de las de mero entretenimiento como *El sombrero de tres picos*, y el de las que tienen intención moral, como *El escándalo*; reputa este último relato como el mejor, y asegura:

...es una novela que ha sobrenadado en el naufragio del naturalismo; se lee hoy como cuando era una novedad literaria. El público de Alarcón es mucho mayor que el de todos los naturalistas juntos.

A esta nómina de novelistas mayores, según la revista, se irán sumando otros nombres al paso del tiempo. Destacan en ese sentido dos autores más: Manuel Polo y Peyrolón, y el Padre Luis Coloma, de la compañía de Jesús. Ocasionalmente se dedicará además alguna breve reseña a las publicaciones narrativas de otros autores, como la aparecida el 25-IV-1888 sobre *Rosada d'estiu*, de Cayetano Vidal de Valenciano.

Desde fines de los setenta se prestará atención progresiva a Manuel Polo y Peyrolón, que por los años ochenta será asiduo colaborador de la revista. Un suelto entre las «Novedades bibliográficas» del 14-I-1879 se refiere ya a la aparición de su obra *Los Mayos, cuento original de costumbres populares de la sierra de Albarracín*, señalando que ésta y otras obras anteriores del señor Polo suponen «un gran consuelo y una gran esperanza para los que lloramos todavía la muerte de Fernán Caballero»; poco después se insertará más largo comentario sobre *Los Mayos* (7-V-79). Ya a principio de los años noventa (25-5-90), Jerónimo Forteza dedica largo estudio al examen de la obra de Polo y Peyrolón («El novelista D. Manuel Polo. Ligeramente examen de sus obras»); en él considera al novelista discípulo de Fernán Caballero, autor de *novela de la familia*, atento al ideal cristiano, y cultivador de un «realismo» que presenta una «realidad expurgada, embellecida, idealizada, que no es el idealismo convencional, que la borra o desfigura»; así, según el articulista, Polo se convierte en el mejor antidoto contra «el veneno de Zola y sus secuaces». Pese a todo ello, se admite que sus novelas no tienen trama propiamente dicha; pero Forteza asegura que no por tal circunstancia desmerecen, sino que «la novela vive esencialmente de caracteres y descripciones», porque las tramas intrincadas sólo son propias de la novela histórica. El 30-IV-91, Gonzalo Mompó hace una reseña de «La última novela del sr. Polo y Peyrolón», titulada *Quien mal anda, ¿cómo acaba?* En años sucesivos, la revista sigue apostando por Polo y Peyrolón: el 31-X-1891, en la sección de Bibliografía se da cuenta de la aparición de su nuevo libro narrativo; y en 31-VII-1892, el bachiller Alonso defiende a Polo y Peyrolón frente a la crítica acre que ha sufrido por parte de *La Unión Católica*.

El padre Luis Coloma colabora asiduamente en la revista desde fines de los años ochenta. La publicación en tomo de cuatro de sus cuentos

merece elogiosísimas palabras de Salcedo en la sección «Libros» (25-IV-1889): se constata en él la «luminosa huella de Fernán Caballero» no sólo en el fondo sino también en la forma. La misma idea de que el jesuita es digno heredero de Cecilia Böhl de Faber se desarrolla en la semblanza de la escritora inserta en la revista (15-V-1890) por A. Salcedo. Pero todos estos comentarios palidecen frente a las alharacas que acompañan la aparición de *Pequeñeces*: Valentín Gómez titula su trabajo «Un suceso literario» (31-III-1891) y saluda con extremo alborozo la aparición de la novela, a la que se atribuye importante éxito y eco social. La dirección de la revista, en nota al pie, promete además: «Largo y tendido hemos de tratar de la magnífica novela del padre Coloma» en números sucesivos. En cumplimiento de lo prometido, aparece el 15-4-1891 un largo artículo titulado «El gran suceso literario», que entresaca la elogiosísima crítica difundida por Luis Alfonso desde las páginas de *La Época* los días 21 y 23 de marzo anterior; Luis Alfonso destaca la condición religiosa del novelista, su buen conocimiento de las clases aristocráticas a las que fustiga y su humor punzante. El 30-IV-1891 aparece la segunda parte del trabajo destinado a glosar *Pequeñeces* en *La Ilustración...*: se entresacan ahora observaciones de Doña Emilia Pardo Bazán correspondientes a su trabajo «Un jesuita novelista» inserto en su *Nuevo Teatro Crítico*; doña Emilia evoca primero la amistad y colaboración que existió entre la anciana Cecilia Böhl de Faber y el joven Luis Coloma de los primeros escritos; destaca después excelentes cualidades del jesuita: su conocimiento y tratamiento tanto de la aristocracia madrileña como de la psicología femenina; y termina por compararlo a Alarcón «en cuanto á cautivar y divertir» y a Galdós «en sorprender *in fraganti* la realidad». Todavía, el 31-VI-1891 la revista publica otro artículo bajo el título «El gran suceso literario», que se refiere de nuevo a *Pequeñeces*. En este caso se recoge la crítica de Balart vertida en las páginas de *El Imparcial*; Balart compara a Coloma con Balzac, Flaubert, Goncourt y Zola, pero señala que su Currita es un personaje descolorido frente a las protagonistas de *El escándalo*, *Pepita Jiménez*, *La desheredada*, *Sotileza*, *Morriña...* etc.

De todo lo dicho hasta aquí se puede inferir que *La Ilustración Católica* se ofrece como ariete contra la novela al uso, tanto en los años setenta como en los ochenta y noventa. En su perspectiva y análisis operan una serie de nociones compartidas por sus colaboradores: los problemas que entraña la lectura, la peligrosidad de la literatura francesa, la flaqueza moral de las actuales generaciones, el poder propagandístico de la novela, la necesidad de luchar contra la crítica liberal...Y se defiende enconadamente la subordinación del arte a la moral o la necesaria presencia de un ideal cristiano. La nómina de novelistas coetáneos promocionados viene encabezada por José María de Pereda, único entre todos ellos que figura en el canon de narradores manejado hoy, circunstancia a la que no puede ser

extraño el apoyo que otros medios culturales conservadores prestaron también a este autor. Por otra parte, el entusiasmo dedicado a escritores como Manuel Polo y Peyrolón no ha impedido su posterior olvido.

La crítica ultraconservadora y católica de *La Ilustración...* no consiguió sintonizar con los gustos mayoritarios de la época, que lamentó repetidamente, y se situó al margen de los criterios estéticos imperantes en otros medios culturales; pero su voz contribuye a perfilar el panorama intelectual de la Restauración.

RESUMEN

La Ilustración Católica *frente a la novela: 1877-1894*, por Carmen Servén Díez.

La Ilustración Católica (1877-1894) es una revista confesional muy conservadora cuyas actitudes culturales contribuyen a perfilar el medio intelectual en que se desarrolla la novela de la Restauración. Del análisis de sus sucesivos números se desprende su rechazo a la novela de la época, antes y después de la contaminación naturalista. La revista se situó al margen de los criterios imperantes en otros medios culturales, y no logró sintonizar con los gustos mayoritarios; defendió la subordinación del arte a la moral y trató de promocionar la lectura de un grupo de autores que consideró afines a sus ideales (Fernán Caballero, Pereda, Navarro Villoslada, Alarcón, Polo y Peyrolón, y el P. Coloma), con la pretensión de oponer a las novelas «malas» un repertorio de novelas «buenas».

SUMMARY

La Ilustración Católica (1877-1894) is a very conservative review whose cultural attitude contributes to outline the intellectual atmosphere in which the Restoration novel develops. By analysing its consecutive issues, we can observe its rejection of the novel of the period, before and after the naturalistic corruption. The review stood aside the prevailing criteria in other cultural circles and was unable to coincide with the majority taste. It supported moral over art and it tried to promote a group of writers they considered to be close to its ideals (Fernán Caballero, Pereda, Navarro Villoslada, Alarcón and Coloma) so that a repertoire of «good» novels could stand up to the «bad» ones.